

Comentario al evangelio del sábado, 30 de mayo de 2015

Queridos amigos:

En el Evangelio de hoy le preguntan a Jesús “**con qué autoridad**” hacía las cosas y “**quién le había dado tal autoridad**”. Cuando la autoridad nace del cargo que uno ocupa, del poder que tiene, del dinero que posee y de la fama, normalmente esta autoridad se impone y busca el dominio del otro; intenta subyugarlo, controlarlo y tenerlo amarrado. El poder, el dinero y la fama buscan privilegios, e incluso intentan controlar a Dios.

Hay también otra autoridad que busca la dignificación y la promoción de las personas; su objetivo es el crecimiento y desarrollo de las personas; y se ejerce en servicio a los demás sin buscar su propio beneficio personal y social. Es la autoridad de quien ha comprendido que “*mandar es servir*” y la ejerce con amor sin usar la fuerza y buscando convencer más que imponer.

Existe además **la autoridad moral**: el propio testimonio de vida. Jesús decía “**si no me creen a Mí, crean a mis obras, pues ellas hablan de Mí**”. Es la autoridad de quien ha hecho de su vida un servicio desinteresado a los pobres y excluidos, e incluso ha dado su propia vida por su liberación total. Es la autoridad del testimonio verdadero y nítido de la persona de bien que se conoce por sus obras, porque “**un árbol bueno no da frutos malos, y un árbol malo no da frutos buenos**”.

En este mundo de las comunicaciones globales qué importantes son los gestos de bondad, misericordia y amor; producen espontáneamente reacciones y sentimientos positivos. Ya se dice que “**un gesto vale por mil palabras**”. Es la evangelización más convincente porque como decía el Beato Pablo VI “*el mundo de hoy escucha con más gusto a los testigos*”. San Pablo decía a los cristianos de Tesalónica: “ustedes, hermanos, no se cansen de hacer el bien”.

Amiga y amigo lector: nuestra fuerza **–autoridad–** está en el amor y en hacer el bien. Ojalá también hoy puedan decir de nosotros, cristianos del siglo XXI, lo mismo que decían de los cristianos del siglo primero “**Mirad cómo se aman. Hermanos qué tenemos que hacer para ser como ustedes**”. El libro del Eclesiástico decía de los hombres de bien: “*Hagamos el elogio de los hombres de bien... Hay quienes no dejaron recuerdo y acabaron al acabar su vida, fueron como si no hubieran sido... No así los hombres de bien: su esperanza no se acaba, sus bienes perduran en su descendencia, su heredad pasa de hijos a nietos... Su recuerdo dura por siempre, su caridad no se olvidará*”(44, 1.9-13).

José Luis Latorre, Misionero Claretiano

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org